



Esa noche llamó Tamara

Marina Porcelli

... porque éramos jóvenes
y estábamos borrachos y teníamos
veinte años y nunca moriríamos
—THOMAS WOLFE

—PERO SI NO FUE ASÍ —Fany tomó de un trago lo que le quedaba de cerveza y, alzando el vaso vacío, le hizo señas al mozo—. Otra de litro, corazón —dijo y volvió a mirarme—. No te acordás. Me llamó a las tres de la mañana porque se acababa de despertar, y me contó que mientras tanteaba para encender el velador, había metido la mano en el cenicero sucio.

Sentadas en *El imaginario* —uno de esos bares *modernos*, decía Fany, con pinturas bruscas en las paredes y recitales de público escaso, en el sótano—, íbamos por la segunda cerveza cuando empezamos a discutir sobre la última vez que ella habló con Tamara. El diálogo, por supuesto, yo lo conocía de memoria, Fany me lo había contado mil veces en estos siete años, y sin embargo esta noche, al acotar que no sólo fue eso, que también estaba su miedo, o su tristeza, ella había vuelto a plantearlo, como si únicamente así, repitiéndolo, pudiéramos entender por qué se había matado. No era extraño al fin de cuentas, ya que desde la tarde, al escuchar la voz siempre un poco ronca de Fany, diciendo que hoy los chicos se quedan con la abuela, y nosotras sí o sí nos vemos a la una en *El imaginario*, supe que



después de varias cervezas alguna de las dos acabaría por nombrarla. Y hasta pensé, incluso, mientras buscaba a mi amiga con cara de alemana y peinado caótico, entre las mesas desbordadas de ruido y de humo de cigarrillo, en que fue una noche parecida a ésta cuando me encontré con Tamara, a solas, por última vez. Ella se mató esa madrugada, y su cuerpo había quedado colgando de uno de los tirantes del techo, oscilando apenas, ajeno y desgarrado como un trapo. Su muerte había sido una especie de fin de la adolescencia, las caminatas nocturnas en las que nos quedábamos silenciosas para que ella tocara la armónica se derrumbaron de golpe con el estupor de esa mañana. Sin embargo, ahora, Fany y yo sabíamos que aún quedaban cosas sin contar, y tal vez por eso volvíamos a vernos, tal vez por eso, seguíamos tomando y hablando y buscando esa alegría que ya no teníamos.

—Evidentemente, se nos confunden los recuerdos —dije—. Pensé en la tarde de frío en que se encontró con los neños en la calle.

—A vos se te confunden —Fany peleaba por abrir un paquete de cigarrillos. Encendió uno, me lo pasó—, yo me lo acuerdo clarísimo. Eran las tres menos cuarto

cuando me llamó. Ése es tu problema, cariño —explicó, chasqueando los dedos—, te creés que tenés buena memoria y no hacés más que distorsionar la realidad. Qué tarde de frío.

Con todo, era bueno que se filtrara la vieja Fany, la que yo llamaba así y no por el nombre absurdo de Fabricia, la que todavía contestaba con la voz un poco ronca y era capaz de absorber, sin inmutarse, cantidades industriales de cerveza. La que, aunque se quedara conmigo despierta hasta el amanecer, podía rodearse de escobas y pañales y críos, y se preocupaba por tener la cena lista a las nueve de la noche. Tan sólida como una matrona desde los trece años, aún estaba dispuesta a amonestar a cualquiera, como siempre lo había hecho con Tamara —sentada en un banco del colegio, junto a ella—, porque la otra, la muchacha de piel oscura con aire de huérfana, prefería la poética de los bares roñosos, fumaba cigarrillos negros, le dolían los oídos todo el tiempo y se emborrachaba antes de los exámenes. Claro que en esa época, nuestras borracheras eran, más bien, económicas. Unos pocos vasos alcanzaban para que las dos —Tamara y yo— estuviéramos diciendo estupideces ante la mirada intranquila de Fany.



Fotografías: Alejandro Arteaga

—Tenés que darte cuenta —siguió Fany—, la clave del asunto está en su sentido del humor. Ella que me llama y yo, con demasiado sueño para poder o querer escucharla, le respondo que qué bien. Y que me dejara de romper las pelotas con esas boludeces a la madrugada.

—Entonces le cortaste el teléfono —interrumpí; y así, sin estar convencida del todo, necesitaba ahora que ella me entendiera—; ya lo sabemos, Tamara hablaba de las bocinas de los trenes en la oscuridad, le daba impresión tirar las flores a la basura, iba a la escuela en pantuflas, y eso no era más que su sentido del humor. Bastante siniestro, en el fondo. Reconocelo, Fany, le pasaba lo otro, también.

—Sí. No. No sé —lánguidamente, había ido rozando con la uña un lado de la botella—, termino la cerveza y voy al baño —anunció.

Un muchacho de pelo revuelto se acercó a nuestra mesa. Nos hizo un gesto con el cigarrillo en los labios. Fany levantó los ojos, le alcanzó el encendedor, y el muchacho, antes de irse, sacudió la cabeza.

—Conmigo no hablaba de esas cosas —dijo ella.

—Parece que empezamos a confesarnos —respondí.

—No seas imbécil. Lo que me irrita, sabés, es no entender cuándo dejé de reírse, por ejemplo.

Necesitábamos ordenar las ideas. Y yo necesitaba, además, encontrar alguna causa, pensar por qué esa

última noche —¿perversamente, quizá?— Tamara me había buscado para emborracharnos.

—Empecemos de nuevo —propuse—: la historia trivial de una triste adolescente que, caminando por la tarde helada del Abasto, horas antes de su suicidio, encuentra a unos nenes en la calle.

—No sigas —Fany hizo una pausa—, callate.

Pero yo necesitaba continuar. Armar otro principio.

—Así los encuentra, ella muerta de frío y los chicos rotos sentados en una especie de umbral. O mejor no, era un caserón bien ancho, destruido, seguramente. —Miré a Fany. No me miraba—. Uno de los nenes la saluda y la lleva de la mano. Después, cuando ya están en el fondo del caserón, hace que la mano de Tamara se apoye ahí, sobre la mamadera tibia que tomaba una nena, para que sienta el calor de la leche.

Apagué mi cigarrillo, giré la cabeza. Fany me observaba casi con pánico.

—Ya me la habías contado —murmuró—, es una de las historias más asombrosas de Tamara —Se puso de pie enseguida, se acomodó el cinturón de la pollera y dijo, aclarando la voz—: para mí que las inventaba. Muy típico de ella.

Me quedé sola en la mesa. Moví los ojos y confirmé que el mundo permanecía alrededor de mí. Había estado demasiado hundida en la charla con Fany. Y tenía varios litros de cerveza encima, también. Sin

embargo, ver cómo ella atravesaba el pasillo apretado de gente y llegaba a la otra punta sin problemas fue una especie de alegría. Yo nunca hubiera podido hacerlo así. Caminar sin tropezarme o responder alguna cosa coherente al primero que se pusiera adelante. Qué sucedió, entonces, para que la chica de largo pelo oscuro y ojos negros llorara de un modo insoportable en cada fiesta. Nada horrible, en realidad, pura adolescencia en la que actuaba de trágica, sin entender, sin pensar siquiera que ya nos hartaba. Y ahora, con su muerte, exigía que le creyéramos. Eso era lo imperdonable, lo que a mí más me irritaba. La sentábamos en el suelo del baño, Fany le sujetaba la frente y yo controlaba los minutos en el reloj para alcanzarle un vaso de agua. Esperábamos que vomitara. Y fue todo lo que hicimos por ella. Escuchar sus historias absurdas o llevarla a su casa borracha. Pero no alcanzó para que no se matara.

Antes de volver a la mesa, Fany se detuvo junto a un codo del mostrador. Conversaba con el mozo chasqueando los dedos. Puedo jurar que le decía *corazón* o que le decía *cariño*.

—La próxima ronda es gratis —me dijo, mientras se acomodaba de nuevo en la silla— y después nos largamos de este fondín. Quiero un vino como Dios manda.

Con lentitud, se corrió la manga del pulóver y giró el reloj de la muñeca.

—Todavía es temprano —agregó—, apenas son las cuatro.

Despacio, lentamente, el viento frío nos palpó la cara. Caminábamos sin rumbo, tomadas del brazo, aunque, como siempre, yo era la única desorientada. Encendí un cigarrillo y se lo pasé. Fany hablaba de la fundación de Buenos Aires, del miedo incomprensible, te das cuenta, de una ciudad que se repliega y se aleja

del río. Y era como si, de algún modo, siguiéramos hablando de Tamara.

—Estaba asustada —dije yo.

—Ya sé, pero ojalá fuera eso.

Así, mientras continuábamos andando en la noche perdida, y yo me dejaba arrastrar por la tibieza de su cuerpo junto al mío, y hasta tenía ganas de reírme de nuestros intentos por encontrar a Tamara entre tanto diálogo sin forma y repetido, Fany se deslizó hacia la noche en que ella, la muchacha llorona de las fiestas, poco después de terminar el secundario, la obligaba a subir a la terraza del piso veinticinco de una torre en Avellaneda. Tamara, asomada al borde, estiró la mano y ayudó a que Fany acabara de trepar. El aire cálido, a esa hora, les generó un cierto sosiego. Fany iba a decirlo cuando Tamara hizo un gesto y le pidió que se callara. Le pidió que mirara hacia adelante, también.

—Qué bárbaro —dijo Fany.

Buenos Aires, hasta el límite más remoto de su inmensidad, se desplegaba ante ellas como un mapa desmedido de luces. Verlo era estar flotando a la altura del inicio del viento. Tenían las espaldas recostadas contra la pared que formaba un tanque de agua, y a sus pies, una mancha de aceite sobre la superficie plateada del techo. Tamara apoyó el mentón sobre las rodillas y se aferró con fuerza a las piernas. Casi sin mirarla, Fany se acostó a su lado. Estuvieron mucho rato así, en silencio, concentradas en las luces infinitas. Sólo cuando el sol empezó a despuntar detrás de la fila de torres del Dock-Sud, y el color más distante de Quilmes comenzó a aclararse, y el río, ahora, fue una franja acerada allá lejos, Tamara se animó a hablar de nuevo.

—Qué vamos a hacer —murmuró.

Pero Fany no le contestó. Sólo se mantuvo de este modo, sin decir nada, esperando que llegara la mañana.

—Que se vaya al carajo —cortó Fany.

Un auto azulado, con las luces encendidas y la música a un volumen altísimo, se había detenido cerca de nosotras. Nos gritaron “qué tal si vamos a pasar la noche a otra parte”.

—Ustedes se lo pierden —dijeron, y el auto arrancó.

—Al carajo —repitió Fany.

Se había quedado de pie, inmóvil, con el cuerpo aclarado a medias por la luz de un farol de la vereda.

—Si fuera el miedo —siguió—, por lo menos la entenderíamos. Pero Tamara se reía, también.

Su cara se había acercado demasiado a la mía. Percibí, con brusquedad, su aliento oscuro a cigarrillo.

—Tendría que haberla escuchado la madrugada que me llamó. Decirle algo más, no cortar el teléfono.

Me miraba. Necesitaba que respondiera, pero qué iba a decirle si también a mí Tamara me había buscado antes de matarse, y yo había creído, estúpidamente, que alcanzaba con emborracharnos. La noche había sucedido oyendo la historia de los chicos en la calle, y sin embargo al final, cuando ya casi no podíamos hablar ni movernos ni reírnos, me sorprendió descubrir de golpe que Tamara levantaba los ojos y me observaba con fijeza, por primera vez.

—A veces estoy tan triste —me había dicho Tamara—, a veces, no sé.

Y yo, apenas, había intentado calmarla.

Y todo esto, ahora, era imposible contárselo a Fany.

Imposible hacerla sentir mejor. O seguir buscando una causa.

—Mejor entremos ahí —dije, señalando el bar de la próxima esquina.

—Para eso caminamos, cariño.

Y a pesar de que se había escondido en la oscuridad, vi que Fany se pasaba la mano por la cara.

La máquina rota de las tortas, que nunca gira, las botellas de cerveza que se iban calentando sobre las me-

sas, y los hilos de agua de estas botellas descongeladas, la caja registradora antigua junto a una radio de la que sólo salen tangos. Faltaba un gato enroscándose en la pata de nuestra mesa, y habríamos encallado en un típico bar, de esos que le gustaban a Tamara. Con putas cansadas desayunando en los rincones y trasnochados que leen el diario. Nos sentamos cerca de la ventana y hojeé el precio del vino.

—No cambiaste nada —dijo Fany—, sos la misma Andrea de antes.

No se lo agradecí. Ella se había enfrascado en una larga explicación sobre por qué una clásica chica de clase media quiere saber los precios antes de consumir, y encima, la muy miserable, duda en dejar propina.

—Dos vasos de vino tinto, corazón —dijo Fany al mozo—, y después, dos cafés con leche y seis medialunas. De manteca.

Estiró el dedo índice, me amonestó.

—Estás borracha.

—Lo justo y necesario —contesté.

Fany levantó los hombros. Con lentitud, movió los ojos hacia la ventana.

—A Tamara le divertía verte así. 

